

DESDE ese país entrañable llamado USA, que tanto ha hecho, hace y hará en el futuro, en compañía de mi admirado senador don Julián Marías, por la causa de la democracia y de la libertad, me llega la noticia a esta esquina del desierto del nuevo programa presentado por el Presidente Carter al Congreso norteamericano para la fabricación de un nuevo vástago de la segunda generación de armas nucleares. Nieto de la bomba que cayera en Hiroshima, hermano de la célebre bomba de neutrones, el artefacto viene a llenar una necesidad sentida a escala mundial, especialmente en los países del Tercer Mundo. Puedo asegurarles al respecto, sin ánimo sectario, que, no hace muchos días, en las calles de un campamento de refugiados de Amman, los lactantes palestinos, irritados al succionar inútilmente el pecho flácido de las madres, volvían sus caras crispadas por el hambre a los viandantes, y madres e hijos nos pedían por caridad que les lleváramos una bomba algo menos indigesta que la de neutrones, pues, aseguraban las mujeres, los chiquillos se han aficionado cosa mala a este tipo de alimento, pero necesitan algo que tenga menos radiactividad y sea más fácilmente digerible por el delicado intestino de los angelicos; en el peor de los casos, nos dijeron las acicaladas madres, lo único que podía ocurrir es que los chicos reventaran de manera definitiva. Pero, según sus noticias, todo pasaba en un instante y sin dolor.

Sé perfectamente que mis lectores, esparcidos por todo el mundo y por los "carruages" camadas dos grandes expresos europeos", torcerán el gesto de estupor, si no de franca indignación, cuando lean las frases admirativas que dirijo al gran país norteamericano por su reciente invento. Pero nada detendrá la pluma de un paisano de Lola Flores. Espero que convengan conmigo, no obstante, en que mis palabras chocan con la crítica antinorteamericana al uso, porque el personal mal llamado progresista se detiene con harta frecuencia en hechos tan banales como el de la fabricación de una

nueva bomba, y se olvida, en cambio, de la grandeza de un país capaz de alumbrar a hombres de la templanza de un Mac Carthy, de la escrupulosa minuciosidad de un Nixon o de la talla y hombría de bien de un John Wayne, por citar tan sólo unos pocos ejemplos de los cientos de individuos que podrían figurar por méritos propios en el friso de hijos ilustres de la Humanidad. ¿OK, cielos? Conozco positivamente, asimismo, el alto espíritu ecuménico y generoso que guía a los hombres del Congreso, y bien segu-

Pero dejemos que sea el propio Presidente quien nos aclare, en rigurosa exclusiva mundial, el fascinante logro científico:

—Omitiré los detalles científicos previos... Ahora ya puede decirse que todo empezó cuando la CIA, que a veces trabaja para nosotros y otras ni se sabe, raptó a tres progres del "pub" Santa Bárbara, en Madrid —comienza con su habitual tono monocorde, mientras le da vueltas con el codo al manubrio nacarado del horno de cacahuets que ha hecho instalar en el centro del despacho oval de la Casa Blanca—. Teníamos fe en los españoles, que habían pasado cuarenta años con Franco, y no dudábamos ni de su temple ni de su alto espíritu de sacrificio.

Me ofrece una coca-cola, pero yo le digo al señor Presidente que el alcohol me mata y él se pone particularmente contento.

—Dos de los progres no resistieron la bomba de neutrones que les lanzamos, haciéndola explotar a cierta altura, sobre su casita del polígono de Wisconsin, cosa que, en efecto, confirmó satisfactoriamente nuestro borrador teórico previo. Pero el tercero, un tipo flaco, de Sigüenza, con una nariz como un pimiento morrón, corrió por los rastros y se aclocó, vi-

vito y coleando, en un nido de perdiz. Tuvimos que entrar, dos meses más tarde, cuando se pasaron los efectos de la radiactividad, y rematar al de Sigüenza con los seis tiros del Colt del general Custer. En definitiva —concluye el señor Carter—, hubimos de idear una bomba que matara al personal haciéndola estallar bajo la tierra. ¿OK, baby?

—Yes. Una bomba desde arriba y otra desde abajo. Y en medio...

—Ah, darling... En medio está la Humanidad —y con su habitual tono soso y beatífico, que me recordaba enormemente al cura benedictino con quien aprendí mis latines, añadió—: Así está la esperanza del hombre: entre dos bombas.

Y dejando la Biblia a un lado, me otorgó su paternal bendición cacahuetera. ■

La triple R

Antón Amargo



ro estoy de que, si otorgan su consentimiento para la fabricación del artefacto, no será, como algún desaprensivo podría pensar, por razones de hegemonía económica mundial o por aquellas otras que pretenden hacer depender la buena marcha de la industria yanqui de la carrera de armamentos, sino porque los padrazos de esa gran patria de todos los demócratas del mundo están hasta el sobaco de que artilugios homólogos de su bomba, como la triple A, hayan demostrado su ineficacia en países como Argentina o España, al fiar demasiado la razón de su eficacia en la acción personal, la lenta tortura o la metrallata convencional. Seguramente, por fin, alguien ha comprendido en Washington que la tecnología, bien refinada, con un grado de acidez no superior a 0,5, puede matar mejor y más de prisa.